

con la musa popular de la patria de los mejores boquerones del mundo:

¡Adiós, Málaga la bella...

bien que no estemos nosotros en el caso de completar tan sentida copla, que prosiga del modo siguiente:

*Tierra donde yo nací!
¡Para todos fuiste madre,
Y madrastra para mí!*

Y, cantada esta copla, refiramos el viaje marítimo que emprendí al otro día desde *Málaga á Cádiz*.

IV.

DE MÁLAGA Á CÁDIZ.

Como la presente *odisea* (no me cansaré de repetirlo) tiene más bien por asunto mis casuales y personalísimas impresiones que la descripción y pintura exacta de las cosas *dignas de verse, pero que no llegué á ver*, en tal ó cual ciudad ó camino, y estoy resuelto á prescindir hasta de las siete maravillas del mundo, si no topé con ellas ó no las estudié al paso, resulta, mis queridos lectores, que muy poco habré de deciros acerca de mi estreno del mar; pues, aunque fué en buque de vapor y en cámara de popa, cual correspondía á un poeta bien nacido, que echaba á volar con poquísimo dinero, creyéndose, sin embargo, que todo el mundo era suyo, hice la primera mitad de aquel viaje tan desdichada y prosáicamente como el *Don*

Juan de lord Byrón, cuando las náuseas no le dejaban responder con protestas de amor á la carta de despedida de *Doña Julia*...

Mi Julia, quiero decir, mi ideal poético en aquella travesía era principalmente la *Costa de África*, para cuya devotísima contemplación desde el barco tenía yo atirantadas y templadas, hacía más de un mes, todas las cuerdas de mi morófilo espíritu, proponiéndome, en cambio, cerrar los ojos y bajar la frente cuando pasara por delante del aborrecido *Peñón de Gibraltar*, perenne afrenta de nuestra patria y escarnio de las augustas sombras de Guzmán el Bueno y de Gravina... Mas cata aquí que la desventura, ó sea el espantoso temporal que reinaba en el Estrecho, trastornó de tal modo las cosas, según que ya había trastornado mi cabeza, que apenas pude divisar á *Ceuta* y á *Tánger* entre las nieblas del horizonte y del mareo, mientras que me ví obligado á permanecer nada menos que veinticuatro horas enfrente de la plaza robada á España por Inglaterra...

¡Veinticuatro horas, sí, estuvimos anclados en el puerto de *Algeciras*, aguardando á que fuera posible pasar del Mediterráneo al Océano! Montañas de agua habían sustituido á las que en otro tiempo debieron de enlazar á Ávila y Calpe y servir, por tanto, de puente entre África y España... ¡El *Estrecho* estaba cerrado otra vez por una barrera infranqueable, como antes de la titánica empresa de Hércules, del Lesseps de la fábula! Más claro: el *estrecho* había vuelto á ser *istmo*.

¡Ojalá hubiera sido aquel accidental fenómeno un hecho definitivo y cierto! ¡Ojalá nunca volviera aquella angostura á dar paso á naves procedentes de la mar atlántica; que así no volvería á entrar en el Mediterráneo, en el piélagos latino y musulmán, la aborrecida bandera inglesa! ¡Así no seguiríamos viéndola temblar en la abrupta *peña* que jamás dejaremos de considerar española, y en cuyo cerco y para cuyo asalto estaremos obligados siempre los hijos de los Fernandos y Alfonsos á derramar torrentes de sangre!

¡Oh vergüenza! ¡Casi todos los pasajeros de nuestro buque, españoles en su mayoría, aprovecharon aquella larga *arribada* para tomar botes y encaminarse á *Gibraltar*, cuyas singularidades y encantos querían ver y acaso aplaudir! ¡Yo no entré entonces, ni he entrado nunca, en la plaza maldita! ¡Tres veces más he cruzado delante de ella; diez días estuve en una ocasión frente á sus muros, con motivo de otra borrasca, y jamás se me ha ocurrido la abominación de desembarcar pacíficamente en el territorio nacional ocupado por el extranjero! ¡Lo que siempre hice fué maldecir, como maldigo, á los moradores de las vecinas ciudades españolas que llevan provisiones al *Peñón*, que medran con tan execrable comercio, que no viven en continua resistencia pasiva contra el acto aleve que nos arrebató á *Gibraltar* y contra la ingratitud europea que no nos lo devolvió en el Congreso de Verona!

Harto conozco los inútiles, aunque heroicos, esfuerzos hechos en los reinados de Felipe V y del pundonoroso Carlos III

para recobrar lo que tan fácilmente nos había sido robado; hartos sabida tengo la infortunada historia de aquellos sitios y de aquellos combates navales; hartos me consta que no tenemos hoy suficiente fuerza marítima para declarar la guerra á los ingleses, destruir sus escuadras, bloquear el Peñón y rendirlo á cañonazos ó por hambre... Pero entre el guerrear cuando es imposible, y la amistad cuando es bochornosa, hay un término medio: hay el enojo, hay la incomunicación, hay la no interrumpida protesta. España, á costa de los mayores sacrificios, debería vivir privada de toda relación particular ó política con Inglaterra. Nuestro Gobierno, en todos los discursos de la Corona, al abrirse las Cortes, debería decir en substancia: «El estado de nuestra Hacienda y de nuestra Marina no nos consiente por ahora emprender la reconquista de Gibraltar; pero seguimos proclamando nuestro derecho á la faz del mundo, con invariable propósito de convertirlo en hecho tan luego como nos sea posible.»

Ni creo que ningún buen español juzgue que todo es poesía y locura, cuando perpetuamente estamos oyendo hablar á nuestros poetas, prosistas y oradores de «las glorias de Sagunto y de Numancia, y de las de Zaragoza y Gerona,» con énfasis y despreocupación tales, que harán sonreír á los quietos y tranquilos poseedores de *Gibraltar*.—Por otra parte, no estoy solo en esta actitud de toda mi vida: muchísimos compatriotas conozco que darían toda su sangre y toda su hacienda á trueque de que España recobrase aquella plaza de guerra... ¡Nose ha extinguido, no, ni se extinguirá nunca la raza de los Palafox y de los Álvarez! Y, en fin, con inmenso júbilo he leído últimamente una obra titulada *Las Llaves del Estrecho*, de mi buen camarada D. José Navarrete, en la cual este ilustrado escritor y valiente soldado descubre á nuestro patriotismo grandes horizontes de esperanza respecto del cáncer que corroe hace ciento ochenta años la honra y la vida de la nacionalidad española...—¡Ánimo, pues! ¡*Sursum corda!* ¡Y sintamos, cuando menos,

la llamarada de la ira, en tanto que llega el día de la venganza!

Con que volvamos á nuestro viaje de 1853.—Mejorado el tiempo, y después de haber hecho por mi parte una visita de dos ó tres horas á la limpia y alegre ciudad de *Algeciras*, de anchas calles y graciosos edificios, mas donde será horroroso estar viendo á todas horas á *Gibraltar* cargado de cadenas, levamos anclas al día siguiente, y seguimos navegando hacia Cádiz.

No sin algún remordimiento, más propio de la justicia en abstracto que de las inconsideradas alegrías del patriotismo, saludé el espectro de *Ceuta*, de aquella plaza *marroquí* ocupada por España; y en verdad os digo que, al ver alzarse, tan fortificada y adusta, entre las nieblas del Estrecho, la ciudad que tanta sangre inútil ha costado á los mahometanos, parecióme oír una especie de respuesta á mis imprecaciones contra *Gibraltar*... Pero dejé á los ciegos de África el cuidado de maldecirnos á los españoles, y me entregué á codiciosas ideas respecto

de aquellas costas, y muy particularmente respecto de *Tánger*, cuya sombra blanqueó muy pronto á lo lejos de un modo vago y misterioso...

Parecía la antigua capital un fantasma árabe, envuelto en cándido alquicel, y me recordó los grandes tiempos de Granada, Guadix y Almería...—¡Aquella era África! ¡Allí estaban los moros! ¡Allí se confundían poéticamente nuestro pasado y nuestro porvenir!... Indefinible melancolía conturbaba mi alma... Amaba y aborrecía al par á aquellas gentes...—«¡Volveré!...» No pude menos de decirles con el pensamiento, al perder de vista el litoral africano... Y, en efecto, siete años después entraba en Tetuán, bajo la victoriosa bandera de O'Donnell.

También había saludado con orgullo y veneración á *Tarifa*, teatro de la memorable hazaña de Guzmán el Bueno... Pero no tardó en volver á contristarse mi corazón, cuando me señalaron entre la bruma el luctuoso *Cabo de Trafalgar*...

¡Cuánto heroísmo y cuánto infortunio en aquellas aguas! ¡Allí fueron vencidas

por Nelson las escuadras española y francesa! ¡Allí perecieron nuestros ilustres vicealmirantes Gravina y Churruca! (1). Pero allí murió también aquel día el gran Nelson, el más insigne marino de Inglaterra... Todos los beligerantes compartieron, pues, el luto de tan costosa batalla, y, en cuanto á gloria, para graduar la que en ella alcanzamos, basta saber que los altivos ingleses guardan y enseñan como una joya histórica el casco de nuestro navío *San Juan*. Sobre la puerta de la cámara del comandante han esculpido el nombre del héroe que supo morir allí, combatiendo y mandando, sin tolerar que se arriase la bandera, aunque el buque, acribillado á balazos y haciendo agua, amenazaba sumergirse... «*Churruca*» dice en letras de oro aquella inscripción; y como señal de mayor respeto, nuestros animosos vencedores no permiten que

(1) Gravina no murió durante el combate, como Churruca, sino por resultas de no haber permitido que le amputasen el brazo que allí le destruyó un proyectil enemigo.

nadie penetre en la náutica estancia sino con la cabeza descubierta.

Verdaderamente, donde los hombres y las naciones demuestran más sus grandes cualidades, es en el vencimiento...; y España, en buena hora lo diga, ha infundido siempre admiración y hasta escrúpulos de conciencia á sus más potentes vencedores. ¡Recuérdense las ya citadas catástrofes de Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona, donde sólo cadáveres y ruínas ó altaneros mártires entregamos á los conquistadores! Pues lo mismo aconteció en este desastre de *Trafalgar*. ¡No! no se dirá nunca de nosotros que somos «*más que hombres en el triunfo y menos que mujeres en la derrota...*» No se dirá que hemos comido pan á manteles, mientras que el extranjero profanaba nuestro territorio. «*Saber morir*» era todo lo que Tirteo pedía á los espartanos... Y en *Trafalgar* demostraron Gravina, Churruca, Álava, Escaño, Alcedo, Alcalá Galiano, Vargas, Cisneros, Valdés, Argumosa y mil héroes, que es mucho mejor caer matando, que verse obligados á apelar á un

tardío suicidio, recurso estéril del bochorno,—como al cabo apeló no sé dónde el almirante francés Villeneuve, visto que no le era posible consolarse de haber sobrevivido á las Escuadras aliadas de que él era General en Jefe.

.....
 Á todo esto, llevábamos ya largo rato de haber salido del Estrecho de Gibraltar y de tener ante los ojos el Océano... ¡el Océano, el mar sin límites conocidos, el piélago de inexploradas lontananzas al Norte y al Sur, y cuyo primer valladar al Oeste había que buscar en la remota América!

Figuraos mi satisfacción y mi orgullo... ¿Qué era el Mediterráneo, de donde tan dificultosamente acabábamos de salir, comparado con aquellas interminables soledades de agua que se desplegaban ante nuestra vista? ¡Un lago medido por pulgadas, y cuya historia de miles de años sabe ó supo el género humano hora por hora, capítulo por capítulo! Entonces fué, pues, cuando comenzaron á cuajarse en mi imaginación aquellos espontá-

neos ó impremeditados versos que pocos días después formaban parte de mi oda *Al Océano Atlántico*:

¡Tú eres el mar sin término ni calma
Que en sus delirios concibió la mente!
¡Tú eres el viejo atleta poderoso
Á cuya voz rugiente
Tiemblan los hemisferios!
¡Tú eres el mar incógnito y profundo
Que dilata sus líquidos imperios
De Norte á Sur, de un mundo al otro mundo!
¡Tú eres el mar de incierta lontananza,
Patria sin fin del pensamiento solo,
Guardador de la América fragante
Y de los blancos témpanos del polo!...

.....
Del Austro al Bóreas tu poder alcanza
Y desde Ocaso á Oriente...
¡En tí se mira el sol, desde que ardiente
De tu puro zafir trémulo nace
Hasta que, mustio, tras el lento día,
Vuelve á tus brazos y en tu seno yace!
.....

Pero dejémonos de complacencias seniles en las habilidades de la juventud (sabéis que no tenía veinte años cuando escribí estas coplas), y volvamos á nuestra navegación.

El Océano estaba todavía agitadísimo.

y volvió á encolerizarse más y más, según que avanzaba la tarde... Había, pues, cerrado ya la noche en un temporal deshecho, cuando descubrimos, entre las sombras de cielo y mar, una prodigiosa constelación de luces que se reflejaban en el agua y que parecían la iluminación de inmenso navío donde se diese nocturna fiesta...

¡Era Cádiz! ¡Era la *taza de plata*, que dicen todos los andaluces! ¡Era la *perla de Andalucía*, que dicen los ingleses! ¡Era la *nereida de Occidente*, que dijeron los antiguos griegos! ¡Era la ciudad más requebrada del mundo: aquélla que mereció á lord Byron, en la *Peregrinación de Childe Horold* y en el *Don Juan*, tan extensos, lindos y sensuales piropos! «*Tierra querida de Febo y del Dios del Amor*»...; como la denomina el gran poeta, después de haber hablado largamente en uno y en otro libro de los encantos de las gaditanas, de las corridas de toros, de la mantilla española y del heroísmo de nuestros abuelos contra Napoleón; á lo cual habría podido añadir en otra obra

el de nuestros padres contra Angulema.

Desfavorable fué la hora en que yo divisé á *Cádiz* por primera vez. Hay que descubrirla á lo lejos, en un día de sol (como pude verla más adelante, ora al abandonarla por mar al mes siguiente; ora al acercarme á ella siete años después, procedente de la rada de Tetuán; ora al contemplarla días y días desde Rota, sobre todo al caer la tarde, cuando los fulgores horizontales de Poniente la hacen reverberar entre las ondas azules...) Parece entonces fantástico palacio de nácar y oro, que surge del brillante Océano, á la evocación de algún Genio de *Las Mil y una noches*... Relucen como piedras preciosas todos sus cristales; semejan filigranas de plata sus blancas azoteas; ciñe cándida orla de espuma sus graciosas murallas y elegantes castillos, y destácanse sus torres sobre el propio mar, no sobre el cielo, para que la Ondina no deje en modo alguno de pertenecer á las salobres aguas...

Pero penetremos en *Cádiz*, como, en efecto, penetramos... al día siguiente, por

no habernos consentido el temporal desembarcar aquella noche, sino meramente echar anclas, y eso á duras penas, en su renombrada bahía...

Cádiz, urbanamente considerada, es un modelo de poblaciones. Limpieza ejemplar en calles y plazas, personas y cosas; regularidad y gracia en su case-río, todo él adornado del más suntuoso herraje verde en cancelas, rejas y balcones; buen piso; ausencia absoluta de tejados, por los que suplen azoteas blanquísimas, que reciben del cielo el agua potable; decorosos templos; casi ninguna cuesta; hermosos casinos; notables establecimientos benéficos; una temperatura deliciosa, sobre todo en invierno; gran cultura y gracia en los habitantes, bien que excesiva la gracia en la gente de poco pelo, capaz de engañar con sus donaires y facundia al viajero más experimentado; seguridad personal completa, debida á una policía perfectamente organizada; agradabilísimas plazas con arbolado; paseos y jardines; dos teatros, en uno de los cuales había á la sazón muy agra-

dable compañía de ópera; Plaza de Toros (yo no soy partidario de que se supriman estas fiestas, aunque las presencio poquísimas veces), y los bastantes coches para una ciudad no grande y sin afueras.

Esto de no tener afueras, de no tener campo, de terminar todas sus vías principales en el mar, es el gran inconveniente en *Cádiz*; pues resulta monótona al cabo de poco tiempo, no obstante la amenidad y fino trato de sus hijos y de sus hijas. El único escape ó recurso para los bucólicos es la *Puerta de Tierra*, ó sea el istmo arenoso que allí principia que sirve de asiento á una carretera de primer orden y en que no se carece de algún esparcimiento... Sin embargo, aun allí mismo, de lo que verdaderamente se disfruta es de la vista del Océano, del inmediato contacto con sus olas y de unos pescados ó mariscos, rociados con manzanilla de Sanlúcar, que hacen olvidar en ocasiones los imperios de Flora y Ceres. La *pescadilla* (merluza impúbera), los *ostiones* (ostras grandes) y las *bocas* de la Isla (mariscos sumamente gustosos) son las

principales víctimas de estas meriendas, en que la morisca guitarra y el canto de la *caña* y del *polo* traen á la memoria todo lo bueno que hay en el mundo, ó, más bien dicho, se llevan de la memoria todo lo malo, supliendo por los monumentos artísticos que escasean también en la antigua *Gades*.

Con todo, nada es tan fácil y barato, particularmente ahora que hay ferrocarril, como disfrutar de las mencionadas delicias. Enfrente de la ciudad bloqueada por las aguas está la noble y linda hija del Guadalete, ó sea el *Puerto de Santa María*, verdadero paraíso en todos conceptos. ¡Allí hermosos jardines; allí magníficas arboledas; allí deleitosas huertas; allí feraces campos; allí monumentales bodegas; allí la *Fonda de Vista-Alegre*, que es un modelo en su clase; allí quintas, allí paseos, allí de todo!

Cuando estuve por primera vez en aquel país, se iba al *Puerto*, en vapor ó en falucho, en tres cuartos de hora... «¡De *Cádiz al Puerto!*» decían los cantos populares llamados *caleseras*, refiriéndose

con especialidad á la complacencia de ir á los celebérrimos «*Toros del Puerto*,» que es como quien dice «de este *Puerto* por antonomasia,» término preferido de las peregrinaciones macarenas.

Pagué yo el debido tributo al Aranjuez ó al Versailles de los gaditanos, y con tal motivo cúpome entonces la honra, varias veces renovada después, de visitar, no sólo el *Puerto de Santa María*, sino todos los pueblos y fortificaciones circunvecinos, cuyo panorama general hay que admirar, á lo lejos, desde la alta torre de Tavira, situada en el centro de *Cádiz*... Visité, pues, la gloriosa *Isla de León*, ó Plaza Fuerte de *San Fernando*, y su muy sonado *Observatorio astronómico*; las Salinas, que hacen allí las veces de huertos ó de marjales; el famoso *Arsenal de la Carraca*; el preciosísimo *Puerto Real*; el sitio que ocuparon los castillos del *Trocadero*, orgullo de la patria, y las márgenes de aquel infausto río que dió su nombre á la gran catástrofe del imperio godoespañol.

Cuatro semanas me retuvo aquella vez

en su seno la ciudad de Hércules.—¡Imagínese cualquiera (después de saber que, á favor de la cariñosa hospitalidad de un distinguido amigo, entré desde luego en relaciones con muy distinguidas familias) cuánto gozaría yo en la población que es juntamente emporio de la gracia, de la cortesía y de la belleza!—Treinta y un años han transcurrido desde entonces... ¡Treinta y un años! ¡Toda una vida!—¡Y, sin embargo, me conmueven hoy de tal manera los recuerdos de las delicias que allí me depararon la Naturaleza, la civilización y la suerte, que juzgo necesario en este momento soltar dos minutos la pluma, á fin de que mi imaginación pueda hablar á sus solas de unos particulares que en modo alguno interesan á los lectores, máxime habiéndose muerto tantísima gente desde aquella fecha!

